

Juan Pablo II les decía a los jóvenes:

La Iglesia necesita santos laicos cristianos; más que “reformadores”, necesita santos, porque santos son los reformadores auténticos y más fecundos.

La santidad cristiana no consiste en ser impecables, sino en la lucha por no ceder y por volver a levantarse siempre, después de cada caída.

Y no deriva tanto de la fuerza de voluntad del hombre, sino más bien del esfuerzo para no obstaculizar nunca la acción de la gracia en la propia alma, y ser, mejor, sus humildes colaboradores.



ORA LIBRE

Año 10 –Número 43 Abril de 2008
Instituto Superior Juan XXIII – Bahía Blanca

Yo no quiero riquezas, ni glorias, ni fama,
ni poder para mí:
sólo quiero la alegría de amar, ayudar y servir.

El paso de Dios por nosotros

Pascua es, ante todo, el “paso” del amor de Cristo por nosotros. El Señor, decidido a llegar hasta el extremo, atraviesa los umbrales de la muerte para darnos su Vida en plenitud.

Por tanto, la primera verificación de la Pascua debe ser: mirar si le dejamos atravesar nuestras vidas, por esas zonas del corazón despobladas de amor, o si le cortamos el paso (“hasta acá”, “no pidás más”, “allí no entres”, “eso no toques”, “de eso no hables”, “allí no mires”).

Quien se decide a amar, elige la vida y acepta todo lo que esa elección supone, aun la muerte.

Da miedo amar, porque el paso del amor es un paso que no se detiene, y quien se encamina en él, sabe que tendrá que disponerse a atravesar, y cada vez en mayor grado, el umbral del desamor.

Un umbral que se atraviesa dando vida; y cada donación supone una muerte: *Nadie tiene amor más grande que quien da la vida* (Jn. 15, 13)

Cristo encamina así los pasos de una humanidad que, queriendo esquivar la muerte que el amor supone, se había extraviado por los mil caminos del desamor, que no son sino “atajos” de muerte.

Decimos que la Pascua es el paso de Cristo por nosotros, porque es hacia el corazón de cada uno, hacia donde se encamina su amor. Jesús se dispone a atravesar el desamor que hay en cada hombre (y que lo encamina a la muerte), *para que tenga Vida y la tenga en abundancia...* (Jn. 10, 10).

Si atravesó nuestros desamores, señal que hubo “pascua”, de que hubo “paso”, porque significa que consiguió ponernos detrás de él; consiguió que lo siguiéramos. Pero, si no vamos con él, que nos invita a seguirlo; si el miedo nos paraliza y nos frenamos; si tememos encaminarnos detrás de su amor, entonces es señal de que permanecemos en la muerte, de que abandonamos la “pascua”, de que renunciamos al “paso”, de que perdimos una oportunidad de entrar en la Vida.

DAME, SEÑOR

Dame, Señor

*un corazón que piense en ti,
un alma que te ame,
una mente que te contemple,
una inteligencia que te entienda,
una razón que se adhiera con fuerza a ti,
y te ame con sabiduría...*

*Oh vida por la que viven todas las cosas,
vida que me das vida,
vida que eres mi vida,
vida por la que vivo,
sin la cual muero;
vida por la que he resucitado,
sin la cual estoy angustiado:
vida vital, dulce y amable,
vida inolvidable.*

*¿Dónde estás, dónde te encontraré,
para morir a mí mismo y vivir en ti?
Permanezco cercano a mí en el alma,
cercano en el corazón,
cercano en la boca, cercano con tu auxilio,
porque estoy enfermo,
enfermo de amor,
porque sin ti muero,
porque pensando en ti vuelvo a vivir.*

SAN AGUSTIN

El paso de Dios por los otros

La verificación del paso de Dios por nosotros termina, para ser completa, en los otros.

Dado que el “paso” del amor es un paso que no se detiene, nuestra “Pascua” debe llegar hasta otro, debe atravesar por el otro.

Si Cristo sana nuestros desamores, es para encaminarnos detrás de él en su “paso” de amor, que se dirige a “dar la vida”.

El desamor del otro no debe frenarnos, así como el nuestro no frenó a Jesús, sino que por el contrario, más lo impulsó. Es preciso que lo atravesemos, que nos encaminemos hacia él.

Habrà muchas muertes que aceptar, hasta dar con la vida: la de la predeterminación que hacemos del encuentro con el otro; la de nuestros prejuicios acerca de él; la de los tiempos que le prefijamos; la de las lecturas que hacemos de sus intenciones... Y cada uno sabrá cuál es la muerte que le toca.

Es Cristo, “haciendo pascua” en nosotros, quien nos sostiene para no frenar el paso. El gozo y la alegría pascual de “su” paso, que experimentamos en nuestra propia vida, es lo que hace que no podamos frenar los pies del amor, que quieren hacer su pascua en el otro. Sólo entonces sabremos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos.

¡FELIZ PASCUA! ¡FELIZ PASO!

No lo detengas; conduce a la Vida.

